SERMONES Y DISCURSOS

Edición completa y anotada



TEOLOGÍA PARA VIVIR

Fe y Palabra

JOHN A. BROADUS

Impreso en Lima,
Perú

LA PREPARACIÓN Y PREDICACIÓN DE SERMONES

Autor: ©John A. Broadus
Traducción: Yarom Vargas
Revisión de estilo: Jaime D. Caballero
Diseño de cubierta: Angela García-Naranjo
Título original: *Sermons and Addresses*.

John Albert Broadus, *Sermons and Addresses*, 2nd ed. (Baltimore: H. M. Wharton & Co., 1887).

Editado por:
©TEOLOGIAPARAVIVIR.S.A.C
José de Rivadeneyra 610. Urb. Santa Catalina, La Victoria.
Lima, Perú.
ventas@teologiaparavivir.com
https://www.facebook.com/teologiaparavivir/
www.teologiaparavivir.com
Primera edición: Setiembre del 2026
Tiraje: 1000 ejemplares

Hecho el depósito legal en la Biblioteca Nacional del Perú, N°: 2026-10419
ISBN Tapa Blanda: 978-612-5099-xx-x

Se terminó de imprimir en setiembre del 2026 en:
ALEPH IMPRESIONES S.R.L.
Jr. Risso 580, Lince
Lima, Perú.

Temas: (LCSH): Bautistas—Sermones. | Sermones estadounidenses. | Discursos estadounidenses.
Clasificación: LCC: BX6333.B67 S418 2026 | DDC: 252.061—dc23

Prohibida su reproducción o transmisión total o parcial, por cualquier medio, sin permiso escrito de la editorial. Todos los derechos reservados y exclusivos ©TEOLOGIAPARAVIVIR.S.A.C. Las citas bíblicas fueron tomadas de las versiones *Reina Valera* de 1960 y de la *Nueva Biblia de los Hispanos*, salvo indique lo contrario en alguna de ellas.

TABLA DE CONTENIDOS

PRÓLOGO A LA EDICIÓN EN ESPAÑOL IX
Quién fue Broadus x
Cómo se formó el volumen xii
Temas principales de la obra xiv
Toda verdad se dice a un auditorio particular xiv
La explicación antes que el juicio xv
El crecimiento es lento y se sostiene por hábito xvi
Cultura y sencillez, en tensión no resuelta xvii
La biografía como forma de argumentar xix
El mundo que dio vida a estos sermons y discursos xx
Por qué importa hoy en el mundo hispano xxii
Cómo usar esta edición xxiv
NOTA SOBRE ESTA EDICIÓN xxvi
PREFACIO ORIGINAL 5
PARTE I. EL PÚLPITO: SERMONES (§1-11) 7
§1. LA ADORACIÓN 9
1. ¿Por qué debemos adorar a Dios? 12
2. ¿Cómo debemos adorar a Dios? 18
§2. ALGUNAS LEYES DEL TRABAJO ESPIRITUAL 31
1. El trabajo espiritual reconforta el alma y el cuerpo 32
2. Existen estaciones en la esfera espiritual: temporadas de siembra y temporadas de cosecha, tal como ocurre en la agricultura. 33
3. El trabajo espiritual une a los obreros 37
4. El trabajo espiritual tiene ricas recompensas 44
§3. EL HÁBITO DE LA GRATITUD 47
1. Consideren el valor del hábito de la gratitud. 48
2. Ocasiones para la gratitud habitual 49
3. ¿Cómo puede formarse y mantenerse el hábito de la gratitud? 57
§4. PIDAN, Y SE LES DARÁ 59
La insistencia del Señor 61
El argumento del padre terrenal 63
El niño que pidió por su primo 65

El lugar de la promesa en el Sermón del Monte 66
¿Por qué no oran? 68
§5. ÉL VIVE SIEMPRE PARA INTERCEDER 71
1. Somos tentados 75
2. Pero muchas veces —aunque la confesión sea triste— cedemos a la tentación, pecamos; y «el alma que pecare, esa morirá» (Ez 18:4, 20) 78
3. Esto sugiere otro aspecto en el que se ve nuestra necesidad de la intercesión perpetua de nuestro Señor: el hecho de que progresamos muy lentamente en alcanzar la santidad 81
4. Cuando estamos sufriendo, es una bendición que Jesús viva siempre para orar por nosotros 83
5. Cuando nos toque morir, él está «vivo por los siglos de los siglos» (Ap 1:18) 84
6. Pero ni siquiera esto es el fin de su obra por su pueblo. Habrá una «redención del cuerpo» [Ro 8:23] 84
§6. TENGAMOS PAZ PARA CON DIOS 87
Qué significa «justificar» 90
Ser justificados por la fe 91
La fe no se define, se despierta 93
Tengamos paz, a pesar de nuestra indignidad 95
Paz en medio del sufrimiento 97
§7. CÓMO EL EVANGELIO HACE SANTOS A LOS HOMBRES 99
El argumento de Romanos 101
La ley descubre el pecado 103
Los campos de batalla del corazón 106
Lo que el Evangelio hace por el hombre 107
Un incentivo nuevo: servir por amor 109
§8. PREOCUPACIÓN INTENSA POR LA SALVACIÓN DE OTROS 111
1. En primer lugar, la preocupación por la salvación de otros se ve realzada de forma natural por el patriotismo 116
2. Segundo punto 117
3. La tercera lección es que la preocupación por la salvación de otros a veces se convierte en una pasión intensa 118
4. Una lección más 121

§9. LA MADRE DE JESÚS 123
1. Recordemos la vida temprana de María 126
2. En segundo lugar, piensen en la fe y el regocijo de María 127
3. En tercer lugar, piensen en María criando a su hijo 130
4. Paso ahora a decir una palabra sobre un punto posterior en la historia de María 132
5. Hay otro tema del que no sé cómo hablar: María ante la cruz 133
6. Y ahora, finalmente, piensen por un momento en María en el cielo 134
§10. EL APÓSTOL PABLO COMO PREDICADOR 137
1. La adaptación de su predicación a la audiencia 139
2. Su adherencia constante a las grandes verdades centrales del Evangelio 142
3. Observen, además, la sencillez y franqueza del apóstol al presentar la verdad 143
4. Observen, a continuación, la ternura del apóstol como predicador 146
5. El último punto del que hablaré son las desventajas bajo las cuales trabajó Pablo 148
§11. LAS SAGRADAS ESCRITURAS 151
Qué Escrituras conoció Timoteo 153
Sabiduría del mundo y sabiduría para la salvación 154
Cómo hacen sabio para la salvación 156
Desde la niñez: la Biblia y los niños 158
Los que la conocieron y la olvidaron 159
El deber de difundir la Biblia 160
PARTE II. LA CÁTEDRA: LA BIBLIA, LA EDUCACIÓN Y LA HISTORIA BAUTISTA (§12–§16) 163
§12. SOBRE LA LECTURA DE LA BIBLIA POR LIBROS 165
El estudio de las epístolas 172
El caso de otras epístolas 174
La lectura de Apocalipsis 182
§13. EDUCACIÓN MINISTERIAL 191
1. La educación ministerial debe ir de la mano con la educación general 196

2. Mi segundo punto es este: la educación ministerial no debe —ni puede— ser la misma para todos ... 200
3. La urgencia de mejorar nuestras instituciones ... 202
Una inversión para los pobres ... 204
Una inversión eterna ... 205
§14. El ministerio bautista estadounidense en el año 1774 ... 207
1. El llamado interno al ministerio ... 227
2. Grandes penalidades y persecución ... 227
3. El sustento de los ministros ... 228
4. La educación de los ministros ... 229
5. El carácter de su predicación ... 233
El estilo de la entrega ... 235
Resultados y conclusión ... 237
§15. Educación universitaria para hombres de negocios ... 239
¿Cómo lo saben? ... 240
¿Qué entendemos por educación? ... 243
Resultados del éxito en los negocios ... 247
Dificultades en el camino hacia la educación superior ... 248
Objeciones a la vida universitaria ... 252
Modales y vocación ... 256
¿Qué hacer si no quiere ir? ... 257
§16. La educación en Atenas ... 259
El problema: ¿de dónde venía aquel poder? ... 260
La educación primaria en Atenas ... 262
La palabra «sofista» y su mala fama ... 266
Dónde se enseñaba: el gimnasio ... 270
Las materias: número, geometría y astronomía ... 271
La filosofía griega ... 274
El estudio de la literatura y las artes ... 277
Lecciones para nuestro tiempo ... 279
Parte III. La ocasión: memoriales y discursos conmemorativos (§17–§21) ... 289
§17. Memorial de Gessner Harrison ... 291
Familia y primeros años ... 293
Estudiante en la Universidad de Virginia ... 296

Sus colegas de facultad 303
La nueva ciencia del lenguaje 309
Sus obras: gramática y sintaxis 314
La disciplina de los estudiantes 320
Renuncia, enfermedad y muerte 323
Rasgos de su carácter 327
§18. CIENCIA Y CRISTIANISMO 333
§19. SERMÓN FÚNEBRE PARA GEORGE W. RIGGAN, D.D. 337
Vivimos y morimos para el Señor 338
La vida del Dr. Riggan 339
Sus años de estudio 342
Su carácter 343
Lecciones de esta muerte 347
§20. LOS MUERTOS CONFEDERADOS 353
Inútil preguntar quién tenía razón 355
Por qué la guerra tenía que venir 356
Lo que la guerra dejó 357
Lo que debemos enseñar a nuestros hijos 359
§21. MEMORIAL DE A. M. POINDEXTER 361
Conversión y llamamiento 370
Comienzo del ministerio 377
Su trabajo de agencia 384
Las convenciones educativas 392
Los últimos años 400
Enfermedad, muerte y homenajes 411
Rasgos de su carácter 414
Su piedad 423
ÍNDICE DE REFERENCIAS BÍBLICAS 429
ÍNDICE DE TEMAS 435
ÍNDICE DE NOMBRES 453

PRÓLOGO A LA EDICIÓN EN ESPAÑOL

Este no es un libro sobre la predicación. Es un libro de predicación, escrito —mejor dicho, hablado— por uno de los grandes maestros del oficio. La distinción importa, y explica por qué lo publicamos. En *La preparación y predicación de sermones*,[1] John A. Broadus (1827-1895) enseñó a predicar a varias generaciones de pastores: cómo se elige un texto, cómo se ordena un argumento, cómo se habla desde el púlpito a hombres y mujeres en un contexto particular. Aquel volumen es la regla. Este es el hombre aplicándola.

No lo digo como publicidad editorial. Lo dice él mismo unas páginas más adelante, en su propio prefacio:[2] casi todos estos sermones y discursos fueron tomados por taquígrafos mientras los pronunciaba, y al revisarlos para la imprenta decidió no limar las frases coloquiales ni las roturas de sintaxis propias de un discurso hablado con libertad. Si el primer volumen es la teoría, este es la práctica. El lector tiene, por tanto, algo poco común: no sermones escritos para ser leídos, sino sermones hablados y recogidos al vuelo. La teoría que Broadus defendía —preparación minuciosa, entrega libre— dejó aquí su sedimento.

---

[1] John A. Broadus, *A Treatise on the Preparation and Delivery of Sermons*, ed. Edwin Charles Dargan, nueva (23.ª) ed. (Nueva York: Hodder & Stoughton, 1898); ed. española: *La preparación y predicación de sermones*, trad. Yarom Vargas (Lima: Teología para Vivir, 2024).

[2] «Prefacio original», en este mismo volumen. En el original, John A. Broadus, prefacio a *Sermons and Addresses*, 2.ª ed. (Baltimore: H. M. Wharton & Co., 1887), v.

Y no solo sermones. Las veintiuna unidades de este volumen recorren el registro entero de un ministerio: once sermones; cinco discursos sobre la Biblia y la educación; y cinco discursos de circunstancia, casi todos fúnebres o conmemorativos. El tratado cubre el púlpito y la plataforma fuera de él; este libro lo muestra ejerciendo ambos.

Los dos volúmenes de Broadus sobre predicación se pueden distinguir, pero no conviene separarlos en la lectura pues van de la mano. Quien lea solo el tratado con la teoría de la predicación tendrá la regla sin el ejemplo; quien lea solo estos sermones admirará un desempeño sin saber de dónde salió. Los ofrecemos de la mano porque el uno explica al otro, y porque hasta hoy nadie los había puesto al alcance del lector como lo que son: las dos mitades de una misma enseñanza.

Quién fue Broadus

No pretendo escribir aquí una biografía. Esa ya existe, y es buena: la escribió Archibald T. Robertson (1863-1934), alumno de Broadus y más tarde su yerno.[3] Lo que sigue es solo lo que el lector necesita para saber de quién es la voz que va a oír.

John Albert Broadus nació el 24 de enero de 1827 en el condado de Culpeper, en el estado de Virginia, al sur de los Estados Unidos. Se educó en casa —sus padres y sus hermanos mayores atendieron sus primeras letras enseñándole a leer, y a ellos se sumaron luego varios tutores privados — y en la escuela particular de su tío, el maestro Albert G. Simms, de quien recibió una formación cuidadosa y exacta en los rudimentos del saber clásico; siendo aún muy joven enseñó él mismo en una escuela rural, y más tarde cursó estudios en la prestigiosa Universidad de Virginia, en la ciudad de Charlottesville. Fue ordenado al ministerio pastoral en 1850 y fue nombrado pastor de la iglesia

[3] A. T. Robertson, *Life and Letters of John Albert Broadus* (Filadelfia: American Baptist Publication Society, 1901).

bautista de esa misma ciudad. Sirvió además como capellán de la Universidad, y en esa condición predicó uno de los sermones de este volumen.

Ese pastorado lo formó más que ninguna otra cosa. Charlottesville era una ciudad universitaria, y en los bancos de su congregación se sentaban catedráticos y estudiantes acostumbrados a examinar argumentos. Un púlpito así no perdona la improvisación perezosa. Fue allí donde Broadus comenzó a estudiar de manera sistemática a los grandes predicadores del pasado, y no por curiosidad de erudito, sino para aprender a hacer lo que ellos habían hecho. En 1858 lo invitaron a formar parte del primer cuerpo docente de un seminario que todavía no existía. Su respuesta fue negativa: no quería dejar el púlpito ni el trabajo pastoral. Después de varios meses de indecisión aceptó, y en 1859 abrió sus puertas en Greenville, Carolina del Sur, el Seminario Teológico Bautista del Sur, la primera institución de esa clase entre los bautistas del sur del país. Lo fundaron cuatro profesores: James P. Boyce (1827-1888), Basil Manly (hijo) (1825-1892), William Williams (1821-1877) y Broadus, que ocupó la cátedra de Interpretación del Nuevo Testamento y Homilética. La conservó treinta y seis años.

Dos años después estalló la Guerra Civil estadounidense (1861–1865) y el Seminario tuvo que cerrar. Durante el conflicto Broadus predicó en iglesias pequeñas y sirvió una temporada como capellán del Ejército del Norte de Virginia, la fuerza que mandaba el general Robert E. Lee (1807-1870). Cuando la institución reabrió en 1865, su patrimonio se había perdido y los alumnos apenas llegaban a un puñado. De esos años de estrechez salió el libro que acompaña a este. En una de aquellas clases de homilética casi vacías había un estudiante ciego, y Broadus rehízo entera su enseñanza para que aquel hombre pudiera seguirla sin ver nada ni tomar apuntes. Ese material, ordenado y ampliado, se publicó en el verano de 1870 con el título *A Treatise on the Preparation and Delivery of Sermons*; es el volumen que el lector conoce en español, en la revisión de Dargan, como *La preparación y predicación de sermones*. El manual de predicación más influyente que ha producido el mundo bautista nació, pues, de la pobreza de un

seminario en ruinas y de la atención puesta en un solo alumno. El Señor se complace en usar instrumentos débiles para su gloria.

El Seminario se trasladó a Louisville, en el estado de Kentucky, en 1877. A la muerte de Boyce en 1888, Broadus lo sucedió en la presidencia y la ejerció hasta el final de su vida. Murió en Louisville el 16 de marzo de 1895 y fue enterrado en el cementerio de Cave Hill, el mismo donde nueve años antes había hablado ante las tumbas de los caídos en la guerra, en el discurso que el lector encontrará más adelante. Escribió un comentario sobre el Evangelio de Mateo, compuso una armonía de los cuatro Evangelios y redactó la biografía de Boyce. Pero en los cuarenta y cinco años que van de su ordenación a su muerte no dejó de predicar un solo año. Erudito y predicador a la vez, un asiduo estudiante de las artes clásicas y las Escrituras, pero al mismo tiempo un pastor compasivo, Broadus moldea el ejemplo de la tradición reformada "una lógica en llamas": esa es la combinación que explica el libro que el lector tiene en las manos, una erudición profunda y unción del Espíritu Santo.

Cómo se formó el volumen

Este libro no se escribió: se compiló. Ninguna de sus veintiuna unidades nació como capítulo. Todas se pronunciaron antes en voz alta, ante un auditorio concreto, y solo después se recogieron entre dos tapas. El propio Broadus lo explica en el prefacio que el lector encontrará a la vuelta de estas páginas. Algunos de los sermones habían aparecido ya en revistas o se habían impreso para circulación privada; otros se publicaban allí por primera vez. Pero casi todos —y esta es la clave— habían sido registrados por taquígrafos mientras él hablaba, unas veces por encargo de una publicación y otras para uso del propio predicador. Al revisarlos para la imprenta, Broadus tomó una decisión que un editor de hoy le habría desaconsejado: no eliminó las frases coloquiales ni las interrupciones ocasionales de la sintaxis, porque son lo propio de un discurso hablado con libertad. ¿Por qué? Broadus deseaba que exponer

como luce en la práctica el método de predicación que había desarrollado en su manual.

Conviene medir lo que eso significa. El lector no tiene delante prosa compuesta en un escritorio y leída después en voz alta. Tiene palabra hablada, tomada al vuelo y conservada con sus asperezas. Hay frases que giran a mitad de camino, repeticiones que en el papel sobran y en el aire no sobraban, apelaciones directas a personas que estaban allí sentadas. Nada de eso es descuido del original ni de la traducción: es el sonido de un hombre predicando.

Hay algo más que conviene saber antes de empezar a leer. Broadus prefería predicar sin manuscrito delante: preparaba con minucia, memorizaba el bosquejo, el pasaje, practicaba la exposición, y luego hablaba con libertad, sin manuscrito. Por eso un mismo sermón suyo, predicado en distintas iglesias, nunca salía dos veces igual; él mismo señalaba que las diferencias entre una ocasión y otra llegaban a ser numerosas y considerables, según las circunstancias del momento y su propio ánimo. Lo que el lector encuentra impreso en estas páginas no es, por tanto, la forma definitiva de cada sermón como fue escrito en el papel, sino la forma final que tuvo el día en que había un taquígrafo en la sala. Esa manera de trabajar —preparación minuciosa y entrega libre, sin papel— es precisamente la que el tratado enseña. Aquí se la ve funcionando. Dejó indicada además, en nota, la ocasión de cada texto siempre que hacía falta para entender una ilustración o una alusión. Gracias a ello el lector sabe casi siempre dónde estaba Broadus, ante quién hablaba y en qué fecha.

El volumen se ordena en tres bloques. Los once primeros (§1–§11) son sermones. Los cinco siguientes (§12–§16) son discursos y conferencias sobre la lectura de la Biblia, la educación ministerial y universitaria, y la historia bautista. Los cinco últimos (§17–§21) son discursos de circunstancia: los memoriales de Gessner Harrison y de A. M. Poindexter, el sermón fúnebre por George W. Riggan, el discurso ante los muertos de la guerra y —única excepción al tono grave del bloque— la respuesta a un brindis en el banquete de un científico. Ninguno de los tres bloques exige leerse en orden. El libro admite

abrirse por donde el lector prefiera. Aunque el orden de la edición en español es exactamente la misma que la edición en original, se han añadido los rótulos de cada parte para facilitar la lectura.

Temas principales de la obra

Veintiún sermones y discursos pronunciados a lo largo de treinta años no forman un sistema. Pero hay maneras de pensar que se repiten, y conviene señalarlas antes de empezar, porque son las que dan unidad a un libro que en apariencia salta de un asunto a otro. No se repiten los temas: se repite el modo de tratarlos.

Toda verdad se dice a un auditorio particular

Broadus lo formula como principio cuando analiza a Pablo. Lo primero que destaca del apóstol, antes que su doctrina o su valor, es la adaptación de su predicación al auditorio particular que tenía delante.[4] Y lo que enuncia allí lo practica en todo el volumen: a unos comerciantes les habla de dinero, de tiempo perdido y de la objeción exacta que sabe que le van a poner; a los exalumnos de su universidad les habla de Atenas; a los deudos de un colega muerto joven les habla de la muerte de los jóvenes. Hasta la decisión de imprimir participa de lo mismo: al revisar los textos no quitó las frases coloquiales, porque pertenecen al momento en que se dijeron y a los que estaban allí para oírlas.[5] Y advirtió que un mismo sermón, predicado en muchas iglesias, salía distinto cada vez según las circunstancias y su propio ánimo. La verdad teológica era la misma, pero la adaptación, ilustraciones y aplicaciones variaban de acuerdo con el auditorio que tuviera delante. Para Broadus no existe el sermón en abstracto. Existe este sermón, dicho hoy, a esta gente en particular.

---

[4] §10 de este volumen; Broadus, *Sermons and Addresses*, 140. El sermón completo, 139–154.

[5] «Prefacio original»; Broadus, *Sermons and Addresses*, v.

La explicación antes que el juicio

Antes de juzgar una práctica, Broadus averigua de dónde viene. Es un hábito mental raro entre predicadores, y en este volumen se lo ve trabajar tres veces. La primera está en el discurso sobre los ministros bautistas de 1774. Al describir cómo predicaban aquellos hombres se detiene en un cantito quejumbroso —lo llama «cadencia sagrada»— que aún se oía en los púlpitos de su propia época. Podría haberse burlado, que era lo que hacían sus contemporáneos cultos. En cambio, reconstruye el origen del defecto: la voz que predica a la intemperie, largo rato y a gritos, se agota, y descansa subiendo y bajando el tono; el descanso se vuelve costumbre, la costumbre se imita, y dos generaciones más tarde los discípulos cantan sin saber por qué. Luego viene el golpe: el mismo sonsonete tiene el vendedor callejero que pregona su mercancía, y lo tiene también la entonación litúrgica que los ritualistas encuentran sublime. Un solo fenómeno con tres prestigios distintos.[6] El segundo caso es Atenas. Que la enseñanza ateniense fuera sobre todo oral no se debió al genio griego, sino a que los libros eran escasos y caros.[7] El tercero son los memoriales, donde antes de elogiar a un hombre explica la casa en que creció. Vale la pena detenerse en este hábito, porque es lo que separa al crítico del que solamente tiene gusto. Despreciar es barato: basta con saber que algo nos disgusta. Broadus se impone la tarea más lenta de averiguar qué necesidad resolvía una práctica cuando nació, y de esa averiguación sale casi siempre con menos ganas de reírse y con algo que enseñar. Para el lector de hoy, que ha heredado una cantidad enorme de costumbres eclesiásticas cuyo origen ignora —maneras de orar, de cantar, de anunciar, de conducir un culto—, es probablemente el hábito más aprovechable de todo el libro. Es fácil señalar un error en una

---

[6] §14; Broadus, *Sermons and Addresses*, 245–246.
[7] §16; Broadus, Sermons and Addresses, 292.

costumbre o hábito, antes de diagnosticar la solución Broadus siempre buscaba la causa. Esto se ve vez tras vez en sus sermones y discursos.

El crecimiento es lento y se sostiene por hábito

En todo el volumen no hay una sola transformación súbita en la vida cristiana, como por arte de magia. La gratitud, por ejemplo, no se presenta como un sentimiento que sobreviene, sino como una costumbre que hay que formar y luego mantener; y a explicar cómo se forma y cómo se conserva —no a exhortar a tenerla— dedica Broadus la última parte del sermón. El trabajo espiritual tiene leyes y temporadas, como la agricultura: uno siembra, otro siega, y ninguno de los dos alcanza a ver el ciclo entero.[8] Y el sermón sobre la intercesión de Cristo ordena la vida cristiana según su ritmo verdadero, que no es glorioso: somos tentados, cedemos, avanzamos muy despacio hacia la santidad, sufrimos, morimos.[9] La educación obedece a la misma lógica, y en parte por eso la defiende: es lenta y toma tiempo, y por eso sirve. Incluso los memoriales la respetan, contando una vida entera con paciencia en vez de saltar a la conclusión. Quien busque aquí fervor inmediato no lo va a encontrar, y conviene decir por qué eso importa. Broadus predicó en medio de una cultura religiosa organizada alrededor del momento decisivo como herencia de la cultura de avivamientos: la campaña, la noche de la crisis, la respuesta al llamado a venir adelante. Broadus no las ataca —él mismo se convirtió así, en una reunión de avivamiento a los dieciséis años—, pero todo lo que enseña en este volumen apunta en otra dirección: lo que dura no es el arranque emocional, sino la costumbre guiada por el hábito. Toma tiempo crear un hábito, y mucho más una costumbre piadosa. De ahí salen tres cosas que el lector puede llevarse.

---

[8] §2; Broadus, *Sermons and Addresses*, 26. §3; Broadus, *Sermons and Addresses*, 45.

[9] §5; Broadus, *Sermons and Addresses*, 70–84.

La primera es un consuelo para el creyente que se juzga fracasado. Si la santificación es lenta, la lentitud no prueba que uno no sea cristiano; el sermón sobre la intercesión organiza la vida de fe justamente como una sucesión de tentaciones, caídas y avances mínimos, y no la sostiene en el vigor del creyente sino en la intercesión permanente de Cristo. A quien le enseñaron a medir su fe por la intensidad de lo que siente, este sermón le devuelve el aliento.

La segunda es un consuelo para el que trabaja. Uno siembra y otro siega: al pastor de una congregación pequeña que no ve resultados, Broadus le dice que probablemente no los va a ver en su vida, y que eso no significa que no los haya. Esto apela fuertemente a la cultura de la celebridad, de lo visible y de lo instantáneo que permea en el contexto hispano.

La tercera es una advertencia sobre el modo de predicar. Si la formación cristiana se sostiene por hábito, no basta con exhortar a las virtudes o decir que se debe cambiar: hay que enseñar los medios o cómo hacerlo. Broadus no le pide al oyente que sea agradecido; le explica cómo llega uno a serlo y cómo evita dejar de serlo. Es la diferencia entre un sermón que conmueve y un sermón que sirve.

Cultura y sencillez, en tensión no resuelta

Pocos predicadores de su siglo defendieron la necesidad de una buena educación con la insistencia de Broadus, y menos todavía la instrucción que no rinde un provecho inmediato: uno de estos discursos existe únicamente para convencer a unos jóvenes destinados al comercio de que pasen antes por la universidad, que lean los clásicos de las artes liberales, aunque su porvenir sea el mostrador y no el púlpito.[10] Y sin embargo en el mismo volumen elogia en Pablo la sencillez y la franqueza al decir la verdad, y reconoce sin reservas que los bautistas sin letras o educación de 1774 hicieron la obra que había que hacer. En otras palabras, el Señor puede usar hombres sin educación, pero eso no

[10] §15; Broadus, *Sermons and Addresses*, 248–267.

es una excusa para que, aquellos que pudiendo tener una educación, y entrenar la mente, no lo hagan por pereza.

Por otro lado, hablando a esos mismos comerciantes, se detiene a advertir contra el hombre que sale de la universidad convertido en otro por sus modales y su tono.[11] La contradicción, entonces, es solo aparente, y Broadus la disuelve con una distinción que conviene retener: educar no es acopiar conocimientos, sino disciplinar facultades; no se trata principalmente de aprender algo, sino a entrenar la mente. Lo principal en la instrucción temprana en la vida —insiste— no es el conocimiento sino la disciplina mental, y lo compara con el aprendiz de carpintería, a quien no se le pregunta cuántas herramientas tiene, sino si aprendió el oficio y sabe manejarlas.

De ahí que rechace con igual energía los dos extremos: la iglesia que desconfía del estudio y el sistema que quiere pasar a todos los candidatos por la misma máquina, cuando los hombres difieren en aptitudes, en edad de llamamiento y en medios para costearse un curso largo. Para el lector esto se traduce en tres criterios. Que el mérito de una formación no se mide por los títulos universitarios ni por la lista de materias cursadas, sino por si el hombre salió capaz de trabajar solo: quien aprendió a leer, a pensar y a juzgar seguirá adquiriendo materiales el resto de su vida. Que la instrucción a medias hace más daño que la ignorancia declarada, porque la ignorancia al menos sabe que no sabe; pero el que tiene una instrucción deficiente cree que sabe, pero no sabe que no sabe. Y que quien dirige la formación de otros —el pastor que aconseja a un joven, el profesor que diseña un plan para una escuela o universidad— debe preguntar primero por el hombre concreto que va a formar y después por el programa. Broadus no le pide al lector que elija entre la cultura académica y la sencillez; le pide que no confunda estar instruido con parecerlo. Broadus era un hombre de letras, y aunque era profesor del Nuevo Testamento, estaba versado en los clásicos de las

[11] §10 y §14; Broadus, *Sermons and Addresses*, 139–154 y 216–247. La advertencia contra el ministro a medio instruir, la distinción entre conocimiento y disciplina mental y la analogía del taller de carpintería, en §13; Broadus, Sermons and Addresses, 209–210.

grandes obras de la literatura y las letras, sin que eso fuera contradictorio con su amor por las Escrituras.

La biografía como forma de argumentar

Cuando Broadus quiere probar algo, cuenta una vida. Por ejemplo, para mostrar qué es vivir de fe no ofrece una definición: recorre la vida de María en seis tiempos, de su juventud al cielo, y saca una lección de cada uno.[12] Para enseñar a predicar a los futuros pastores tampoco da reglas principalmente, sino que examina a Pablo. Y el detalle merece atención, porque quien así procede es el autor del tratado de homilética más usado de su siglo: cuando tiene delante un auditorio vivo en vez de un manual, abandona el precepto y describe a un hombre en el ejercicio de su oficio —cómo se adaptaba a cada auditorio, a qué verdades centrales volvía siempre, con cuánta franqueza y cuánta ternura hablaba, bajo qué desventajas trabajó—. Para defender el ministerio bautista no argumenta en abstracto: reconstruye lo que eran aquellos hombres en 1774, un siglo antes de su tiempo: cómo los llamaba Dios al ministerio, qué penalidades y persecuciones sufrieron, de qué vivían, qué habían estudiado y cómo predicaban.

Y los tres memoriales del final hacen lo mismo con hombres a quienes había tratado en persona, no defienden una tesis sobre el ministerio, muestran la vida de los ministros.[13] Es una manera de razonar que hoy nos resulta ajena, porque preferimos el concepto: nos parece más riguroso enunciar un principio que narrar un caso. Pero la biografía alcanza algo que el principio no alcanza. Un argumento se refuta con otro argumento; una vida no se refuta, solo se imita o no se imita. Broadus lo sabía, y de ahí que terminara tantas veces enumerando los rasgos del carácter de un muerto: los memoriales de Gessner Harrison y de Poindexter cierran ambos con una sección dedicada

---

[12] §9; Broadus, *Sermons and Addresses*, 124–138.

[13] §17, §19 y §21; Broadus, *Sermons and Addresses*, 303–347, 352–367 y 373–445.

precisamente a eso, y el sermón fúnebre por Riggan termina extrayendo las lecciones de aquella muerte.

Para quien predica o enseña, esto se traduce en algo muy concreto:

- Que la manera más eficaz de volver deseable una virtud no es describirla, sino mostrarla encarnada en alguien.
- Que el oyente admite de buen grado que se le discuta una idea, pero rara vez olvida a una persona.
- Que, por lo mismo, al predicador le conviene acumular vidas —bíblicas, históricas, y de su propia congregación— con la misma diligencia con que otros acumulan argumentos.

Broadus dedicó buena parte de este volumen a honrar a hombres que el mundo ya iba olvidando. No era sentimentalismo ni cortesía fúnebre: era su modo de enseñar, y es lo que un lector puede aprender de él sin haber nacido en Virginia ni en el siglo XIX.

El mundo que dio vida a estos sermons y discursos

Broadus habla desde un lugar y un momento particular en la historia que el lector hispanoamericano no tiene por qué conocer, pero que sin ellos varias páginas de este libro quedan a media luz.

La Virginia de Broadus era, cuando él nació, un estado agrícola del sur de los Estados Unidos, y los bautistas eran allí una minoría con memoria fresca de persecución: en la década anterior a la independencia de las colonias americanas, cuando Virginia era todavía colonia británica y la iglesia de Inglaterra su iglesia establecida, decenas de predicadores bautistas fueron encarcelados allí por predicar sin la licencia civil que exigía el Acta de Tolerancia. Broadus refiere uno de esos casos en este mismo volumen, y ocurrió en su propio condado: James Ireland, maestro escocés de veintiséis años, fue apresado y encerrado en el Culpeper Court-House, donde sus enemigos intentaron volar su celda con pólvora y asfixiarlo con humo de azufre,

todo por ser bautista y predicar sin licencia; él replicó predicando por la ventana de la cárcel a la gente que se congregaba a oírlo. Por eso, cuando Broadus escoge el año 1774 para hablar del ministerio bautista al abrir el curso de su seminario, el 1 de septiembre de 1874, no está haciendo arqueología: mira atrás exactamente cien años, y él mismo advierte a su auditorio que hace falta un gran esfuerzo de imaginación para retroceder tanto. Está hablando de los abuelos de quienes lo escuchan, y de una libertad que, cuando él habla, no llevaba todavía un siglo conquistada.

Los bautistas del sur se habían organizado por separado de los del norte en 1845, después de un desacuerdo sobre si podía nombrarse misionero a un propietario de esclavos; de ahí viene el nombre de la institución donde Broadus enseñó toda su vida. Dieciséis años más tarde el país entró en la Guerra Civil (1861–1865), y Virginia fue el principal campo de batalla del frente oriental. El Seminario cerró sus puertas mientras duró el conflicto. Lo decisivo para entender este libro es lo que vino después. El sur perdió la guerra y quedó arruinado; el Seminario reabrió en 1865 sin patrimonio y casi sin alumnos, y durante años se sostuvo a fuerza de viajes, discursos y colectas. En 1877 se trasladó a Louisville, en Kentucky: una ciudad comercial, con dinero, a orillas del río Ohio, en la frontera misma entre el norte y el sur.

Esa penuria explica el itinerario que este volumen documenta. Conviene mirar dónde se pronunciaron estos textos. Un sermón ante la Sociedad Bautista para la Educación Ministerial de Misuri. Un discurso en la apertura de un curso del propio Seminario. Otro ante la convención internacional de las Asociaciones Cristianas de Jóvenes, en Cleveland, Ohio, en 1881. Otro ante la sociedad de exalumnos de la Universidad de Virginia. Un sermón en la dedicación de una iglesia en San Luis. Un brindis en un banquete de Louisville. Un memorial leído ante la Sociedad Histórica Bautista de Virginia.[14] Lo que se ve ahí es a

[14] Las ocasiones están registradas en el índice y en las notas del autor del original; véase Broadus, *Sermons and Addresses*, vii–ix, y las notas de cabecera de §1, §2, §10, §12, §13, §14, §16, §17, §18 y §21. En §19 y §20 la ocasión figura como subtítulo y no como nota.

un profesor permanentemente de viaje, hablando ante auditorios institucionales, universitarios y comerciales, en ciudades del norte y de la frontera tanto como del sur. No era vocación de conferenciante: era lo que hacía un catedrático de una institución sin fondos. Broadus no predica en tantos lugares diferentes porque le gustaba viajar, sino principalmente con el propósito de recaudar fondos para una organización que servía a una región devastada por la guerra.

De ahí vienen tres rasgos que el lector notará. El primero es la insistencia en la educación, que en Broadus nunca es un tema abstracto: cada vez que defiende la instrucción está también sosteniendo una institución que podía cerrar. El segundo es la conciencia de la necesidad del dinero, tan poco frecuente en la predicación de hoy: habla de gastos, de inversiones, de lo que cuestan las cosas, porque su auditorio tenía que pagarlas. Broadus confiaba en que el Señor proveería, pero sabía que Dios había ordenado los fines y los medios, y uno de los medios centrales para la provisión eran los santos. El tercero es un tono de urgencia que no procede del temperamento sino de la circunstancia.

Queda el último de los discursos conmemorativos, pronunciado en 1886 en el cementerio de Cave Hill, en Louisville. Conviene saber qué era aquello. En los años posteriores a la guerra, y a ambos lados de la antigua línea divisoria, se estableció la costumbre de dedicar un día del año a decorar con flores las tumbas de los caídos. No eran funerales: eran ceremonias cívicas anuales, con oradores invitados, ante públicos que habían perdido hijos, hermanos o padres veinte años antes. Broadus habla allí como uno más de los que enterraron a los suyos, ante gente que hacía lo mismo. El género tiene sus reglas, y sin conocerlas el texto resulta desconcertante.

Por qué importa hoy en el mundo hispano

Predicar se aprende mirando a otros predicar. Broadus lo hizo así: siendo pastor joven en Charlottesville se puso a estudiar de manera sistemática a los grandes predicadores del pasado, para averiguar qué hacían. En español existen manuales de homilética desde hace décadas.

Lo que falta es un cuerpo de sermones puesto delante para examinarlo con ese método, y aquí el manual y los sermones son del mismo hombre, la teoría y la práctica van de la mano.

Lo que hay que mirar está a la vista. Cómo empieza: casi nunca por el texto, casi siempre por algo que el auditorio ya tiene en la cabeza. Cómo se mueve de un punto a otro sin que se oiga la costura. Cómo trata una objeción, nombrándola primero con más fuerza de la que tendría en boca del que la sostiene. Cómo se dirige a la persona que está allí sin querer estar. Y cómo termina, que es donde se pierden la mayoría de los sermones. Un predicador que lea estos textos con lápiz aprenderá más en un mes que en un semestre de teoría.

La discusión sobre si un pastor necesita formación teológica reglada sigue viva en América Latina, y suele plantearse como si defender el estudio fuera cosa de gente acomodada que mira desde arriba a las iglesias populares. Broadus no encaja en ese esquema. Argumenta desde dentro de una minoría rural y pobre, con memoria de persecución, y reconoce que su propia denominación tenía muchos ministros sin instrucción que hicieron la obra que había que hacer.[15] Sostiene, aun así, que la formación no puede ser la misma para todos y que la iglesia se empobrece si no instruye a los suyos. Y llega a defender la universidad para muchachos que no van a predicar nunca, que es el punto donde su posición deja de ser corporativa. Broadus esta convencido que el mejor aliado para el crecimiento del cristianismo en una nación es el avance de una buena educación, encarnada no sólo en las Escrituras, sino en los grandes clásicos de la literatura universal, la filosofía y las ciencias.

Los dos volúmenes admiten además un uso escolar. Un curso de homilética puede asignar el capítulo del tratado y el sermón que lo ejemplifica en la misma semana, y pedir al alumno que verifique si el segundo cumple lo que promete el primero. A veces no lo cumple. Eso también enseña. Hay algo más, y es lo que más falta hace. Broadus da

---

[15] §13; Broadus, *Sermons and Addresses,* 198–215. La observación sobre el número de ministros sin instrucción, 203.

por supuesto que la vida cristiana es lenta: que se avanza despacio, que se recae, que lo que sostiene no es el arrebato sino la costumbre. En ninguna de estas páginas promete resultados rápidos.

Este es un libro del siglo XIX y se nota. Sus ilustraciones vienen de un mundo agrícola y provinciano que no es el nuestro. Su retórica es más lenta y más adornada de lo que hoy se tolera desde un púlpito. Los discursos conmemorativos del final pertenecen a un género que en español apenas existe. Hay páginas que al lector de hoy solo le dirán algo como documento histórico. El aparato de notas de esta edición está hecho para esos lugares. Lo que queda, descontada la distancia, es un hombre que sabía predicar y que quiso enseñar a otros a hacerlo. La gente que se sienta a escuchar sigue siendo gente concreta, con nombre, que llegó con algo a cuestas. Quien no ha aprendido a hablarle a esa gente no ha aprendido a predicar.

Cómo usar esta edición

El volumen puede leerse de corrido, pero no está pensado para eso. Cada sermón y cada discurso se sostiene solo, y el lector hará bien en abrir por donde le interese. Cada unidad va precedida de una sinopsis que resume en pocas líneas el argumento, y lleva subencabezados que marcan sus divisiones internas. El original no los traía, salvo donde el propio Broadus numeraba sus puntos. Los añadimos porque estos textos son largos y fueron hechos para oírse, no para leerse, y un lector que retoma un discurso de treinta páginas necesita saber dónde estaba.

Las notas a pie de página son de tres clases y van marcadas para que no se confundan. Las del autor son de Broadus y estaban en el original. Las del traductor explican algo de la lengua. Las del editor, que llevan la marca **[N. del E.]**, sitúan personas, lugares, fechas, instituciones y costumbres que el lector hispanohablante no tiene por qué conocer. Están donde hacen falta y no donde no. Al final hay tres índices: de referencias bíblicas, de temas y de nombres. El de nombres es el más útil de los tres en un libro donde desfilan tantos hombres olvidados.

A quien tenga el otro volumen le sugiero una manera concreta de emparejarlos: leer un capítulo de *La preparación y predicación de sermones* y a continuación un sermón de este, preguntándose si Broadus cumple lo que enseña. Unas veces lo cumple con exactitud. Otras no, y averiguar por qué no —qué le impuso el auditorio, la ocasión o el cansancio— enseña más que la regla misma.

Quiero dejar constancia del trabajo que hay detrás. Traducir a un orador es más difícil que traducir a un escritor, porque hay que conservar el aire de lo hablado sin que parezca descuido. Y anotar un libro como este obliga a verificar centenares de datos menudos que casi nadie agradecerá. Lo entregamos con una expectativa modesta y precisa: que algún predicador de habla hispana lo lea con lápiz, discuta con él, le copie lo que sirva y descarte lo demás. Eso es exactamente lo que Broadus hizo con los predicadores que estudió, y lo que habría querido que se hiciera con él.

Jaime D. Caballero
Antrim, Irlanda del Norte
Agosto, 2026

NOTA SOBRE ESTA EDICIÓN

Esta traducción sigue *Sermons and Addresses*, de John A. Broadus, en su segunda edición (Baltimore: H. M. Wharton & Co., 1887), de ix + 445 páginas. Se ha cotejado además un ejemplar de la séptima edición (Cincinnati: Jennings & Graham; Nueva York: Eaton & Mains, sin fecha), impresa de los mismos moldes y con paginación idéntica; ambas llevan el *copyright* de 1886 a nombre de H. M. Wharton & Co. La obra apareció por primera vez en 1886. Se traduce el volumen íntegro: las veintiuna unidades, la dedicatoria al Hon. J. L. M. Curry y el prefacio del autor. No se ha suprimido, abreviado ni reordenado nada del material original. Esta es la garantía de Teología para Vivir, no mutilamos escritos originales, no domesticamos argumentos, ni les quitamos las arrugamos para hacerlos más digerables para una audiencia contemporánea.

Cada unidad va precedida de una sinopsis que resume su argumento. Es material editorial y no procede del original. Dentro del texto se han añadido subencabezados que marcan las divisiones internas, y conviene distinguir dos casos. Donde Broadus numeraba sus propios puntos —«1. Recordemos la vida temprana de María», «2. En segundo lugar…»—, el subencabezado reproduce su enumeración y sus palabras. Los demás, los que no van numerados, son editoriales: no existen en el original y responden al criterio de esta edición, no al del autor. El original no traía divisiones internas de ninguna clase.

Hay tres clases, y cada una lleva su marca: **[N. del A.]** — de Broadus, presentes en el original. **[N. del T.]** — del traductor; explican decisiones de traducción o discrepancias entre el texto bíblico que cita el autor y el español. **[N. del E.]** — del editor; sitúan personas, lugares, fechas, instituciones y costumbres que el original daba por sabidas.

Las notas editoriales se apoyan en fuentes verificadas y las citan. No juzgan al autor ni completan sus argumentos: procuran que el lector de hoy entienda lo que un oyente de 1886 entendía sin necesidad de explicación.

Las citas se toman de la *Reina-Valera* de 1960 y de la *Nueva Biblia de los Hispanos*. Hay, con todo, un caso frecuente que exige otra solución. Broadus predicaba sobre versiones inglesas —principalmente la *Revised Version*— y en muchos sermones el argumento descansa en una palabra concreta de esa versión. En Romanos 5:1 construye el sermón entero sobre una lectura exhortativa, «tengamos paz», donde la Reina-Valera dice «tenemos paz». En 2 Timoteo 2:15 razona sobre una expresión que él relaciona con el verbo griego *ὀρθοτομοῦντα*, «cortar rectamente». Traducir esos pasajes por la versión castellana habitual dejaría el sermón sin sostén. El criterio es, por tanto, el siguiente: cuando el argumento depende de la formulación que Broadus tenía delante, la traducción sigue esa formulación y una nota del traductor consigna lo que dice la Reina-Valera. En los demás casos se cita la versión española.

Broadus se dirige a su auditorio de usted en plural —«piensen», «recuerden», «observen»—, y ese trato se conserva en toda la obra. Se conserva también la textura de lo hablado. Broadus decidió no eliminar las frases coloquiales ni las roturas de sintaxis propias del discurso pronunciado con libertad, y la traducción respeta esa decisión: donde el original suena hablado, la versión española suena hablada. Lo que en estas páginas pueda parecer descuido suele ser fidelidad.

Los títulos de obras extranjeras se dan en su lengua, con la traducción entre corchetes en la primera mención, salvo cuando existe edición española conocida, en cuyo caso se usa el título publicado.

Los nombres de persona se conservan en su forma original. Los topónimos con forma española asentada se hispanizan —Filadelfia, Nueva York, Misuri, San Luis—; los que no la tienen se mantienen como en el original —Louisville, Cleveland, Greenville, Cave Hill—.

El volumen cierra con tres índices: de referencias bíblicas, de temas y de nombres. Son de esta edición; el original no los traía.

No se ha modernizado el pensamiento del autor ni se han suavizado sus posiciones. Broadus fue un hombre del sur de los Estados Unidos del siglo XIX y escribe como tal. Donde su texto supone

circunstancias, debates o sensibilidades hoy remotos, la nota editorial explica el contexto y deja el juicio al lector.

SERMONES Y

DISCURSOS

POR

JOHN A. BROADUS, D.D., LL.D.

SÉPTIMA EDICIÓN

HODDER & STOUGHTON

NEW YORK

GEORGE H. DORAN COMPANY

Copyright, 1886,

por H. M. Wharton & Co.

AL

Honorable

J. L. M. CURRY, LL.D.

MINISTRO DE LOS ESTADOS UNIDOS EN ESPAÑA.

Envío al otro lado del mar un pequeño gesto de nuestra amistad. Usted ha demostrado con frecuencia que un hombre con las más altas dotes como orador público puede brindar a hombres menos favorecidos una atención llena de interés y comprensión.
Que viva usted mucho tiempo para servir a su generación por la voluntad de Dios.

Con cordial afecto,
John A. Broadus

PREFACIO ORIGINAL

Algunos de estos sermones se han publicado en publicaciones periódicas o impresos para su distribución privada; otros se publican ahora por primera vez. Casi todos fueron registrados por taquígrafos, ya fuera para una publicación periódica o para el propio predicador. Al revisarlos, por lo general no me pareció lo mejor eliminar las frases coloquiales ni las interrupciones ocasionales en la construcción sintáctica, que de forma natural caracterizan a un discurso hablado con libertad.

Donde ha sido necesario para explicar ilustraciones u otras alusiones en un sermón o discurso, se ha indicado la ocasión en que se pronunció en una nota. Varios de estos sermones han sido predicados en muchas iglesias; las personas que tengan buena memoria para estas cosas podrían interesarse al notar diferencias, a veces numerosas y considerables, debidas a las circunstancias cambiantes o a los diversos estados de ánimo del predicador. Algunos de los discursos tienen un tono bastante coloquial; otros se pronunciaron en ocasiones solemnes o formales.

Todo lo que aparece en este volumen que no sea de origen reciente ha sido revisado cuidadosamente. Esta tarea ha despertado en mí mil recuerdos preciosos de aquellos entre quienes he andado predicando el Evangelio. Pido la bendición de Dios para todos ellos, y que su bendición acompañe a estos discursos impresos para que puedan hacer algún bien.

PARTE I. EL PÚLPITO: SERMONES (§1-11)

§1. LA ADORACIÓN[1]

Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren. (Jn 4:24).

Sinopsis: Parte de una escena antes que de una doctrina: Jesús agotado junto al pozo de Jacob, después de meses de trabajo entre gente hostil, y la conversación con la mujer samaritana de la que sale la frase sobre adorar en espíritu y en verdad. Broadus reconstruye primero la situación humana y solo entonces formula las dos preguntas que ordenan el sermón: por qué debemos adorar a Dios y cómo debemos adorarlo. La primera se responde por lo que Dios es; la segunda, por lo que es el adorador. El cierre abandona el argumento y se vuelve hacia el edificio y hacia lo que ocurrirá dentro de él —bodas, duelos, generaciones sucesivas—, para terminar afirmando que adoración perfecta hubo una sola vez, en un pueblo despreciado y en un artesano humilde.

Jesús estaba cansado. Lo poco que conocemos de la historia justo antes de este momento nos permite ver por qué se sentía así.

Durante largos meses, él se había esforzado activamente para salvar las almas de las personas, tratando de sacarlas de su apatía y mundanalidad para acercarlas a Dios. Ese es un trabajo duro para la mente y el corazón. Además, había estado trabajando entre muchos que le eran hostiles. Algunos de los discípulos de Juan sentían envidia de que su maestro estuviera perdiendo protagonismo mientras otro ganaba terreno, a pesar de que Juan decía que aquello era correcto y bueno.

[1] N. del A.: En la dedicación de la Segunda Iglesia Bautista (*Second Baptist Church*) en St. Louis, 1879.

Cuando los fariseos se enteraron de que Jesús estaba ganando y bautizando a más discípulos que Juan, se pusieron celosos. Esto hizo necesario que él se retirara de Judea. Como sucedió tantas veces durante su breve ministerio, tuvo que alejarse de los celos de sus enemigos o del fanatismo de sus amigos en busca de un nuevo campo de labor. Agotado y quizás con el corazón triste, el Redentor se sentó solo junto al pozo de Jacob.

Nuestros artistas nos deben todavía dos cuadros complementarios. Uno de Jesús, tal como lo vieron los discípulos cuando miraron atrás mientras iban a comprar comida: sentado y descansando, apoyado con los miembros relajados y el rostro cansado, pero amable. El otro cuadro sería el de Jesús tal como lo encontraron cuando regresaron: sentado ahora con una expresión animada, conversando con entusiasmo y energía.

¡Ahí había una oportunidad para hacer el bien! Y aquel que «anduvo haciendo bienes» (Hch 10:38) estaba dispuesto a renunciar incluso a su descanso necesario. Sabemos que a menudo lo hacía para beneficiar a los más pequeños y humildes. A los discípulos no les asombró que estuviera listo para hacer el bien, pues ya lo habían visto muchas veces. Lo que les extrañó fue que estuviera hablando con una mujer. En aquella época y en ese país, se consideraba contrario a la dignidad de un hombre ser visto hablando con una mujer en público. Se asombraron porque aún no comprendían de qué espíritu eran; no entendían que trataban con verdades salvadoras sublimes que rompen con todos los convencionalismos débiles.

Se habrían asombrado más si hubieran sabido lo que él sabía perfectamente: que se trataba de una mujer de mala reputación. Sin embargo, él vio en ella un potencial para el bien. Ese mismo día la ganó para la fe en el Mesías que había venido y la envió a decir a otros: «Vengan a ver a un hombre que me ha dicho todo cuanto he hecho» [cf. Jn 4:29].

Pero ella se sintió intimidada durante el proceso. Es hermoso y maravilloso ver cómo nuestro Señor dirigió de forma tan admirable una

conversación casual con una extraña para introducir las verdades espirituales más profundas.

Amigos cristianos, no quiero dejar de llamar su atención sobre esto. No conozco ningún arte de la vida social que sea más necesario cultivar en nuestro tiempo y país que el arte de introducir con habilidad la religión en la conversación general. Es una tarea difícil. Requiere tacto y destreza para hacerlo de modo que se logre mucho bien y ningún daño, pero vale la pena todo el esfuerzo que le dediquen. Jóvenes y adultos, hombres y mujeres —e incluso, ¿me permiten decirlo?— especialmente las jóvenes que son cristianas, con esa influencia que tienen en nuestra sociedad estadounidense, necesitan cultivar este poder que el Salvador mostró aquí. ¡Qué ejemplo tan hermoso y bendito el de Jesús! Brilla más y más a medida que lo estudiamos y nos esforzamos por imitarlo.

Él no solo guiaba hacia la verdad religiosa, sino que sabía cómo despertar en ella, de forma sutil y hábil, la conciencia de su propia pecaminosidad para que pudiera acercarse a la verdad espiritual. Ella intentó evadir el tema, como suele hacer la gente cuando tratamos de aplicar la verdad a sus almas. Ella se retrajo y, aunque no quería apartar la conversación de lo religioso por completo, intentó desviarla hacia algo que no fuera tan incómodamente personal. Por eso le preguntó sobre una gran cuestión muy debatida.

—Señor, me parece que tú eres profeta. Nuestros padres adoraron en este monte... —y ella señalaría hacia arriba, a las empinadas laderas del monte Gerizim, donde estaban las ruinas del antiguo templo de los samaritanos, destruido un siglo y medio antes—. Nuestros padres adoraron en este monte; y ustedes dicen que en Jerusalén es el lugar donde se debe adorar. Oh, profeta, ¿cuál es el lugar correcto?

Una vez más, el Redentor, mientras responde a su pregunta, la aleja de todo asunto de forma y servicio externo, y asesta un golpe profundo al corazón espiritual de las cosas.

—Mujer, créeme, la hora viene cuando ni en este monte ni en Jerusalén adorarán al Padre.

Él no deja de mencionar de paso que Jerusalén había sido el lugar correcto.

—Ustedes adoran lo que no conocen; nosotros adoramos lo que conocemos, porque la salvación viene de los judíos —menciona esto solo de pasada—, pero la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren.

Solo la adoración espiritual será aceptable ante Dios. Esto es lo que él busca y, más que eso, es lo que la naturaleza misma del caso requiere. «Porque Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren».

Quiero hablarles sobre la adoración a Dios, y para ello haré dos preguntas muy sencillas e intentaré, en la medida de lo posible, responder a cada una.

¿Por qué debemos adorar a Dios? ¿Cómo debemos adorar a Dios?

1. ¿Por qué debemos adorar a Dios?

Cualquiera podría retroceder y temer decir una sola palabra sobre las razones para adorar a Dios. ¡Qué tema tan alto, ancho y profundo! Sin embargo, puede ser útil recordarles algunos puntos incluidos en estas expresiones. ¿Por qué debemos adorar a Dios? Porque se le debe a él y porque es bueno para nosotros.

(1) Rendir adoración a Dios es algo que se le debe.

Queridos amigos, si solo fuéramos espectadores indiferentes del Dios glorioso y sus obras maravillosas, esto ya debería despertar en nuestros corazones admiración, adoración y un culto lleno de amor. El filósofo alemán Kant [1724–1804], probablemente el filósofo más grande de los tiempos modernos, dijo: «Hay dos cosas que siempre despiertan en mí, cuando las contemplo, el sentimiento de lo sublime: el cielo estrellado

y la naturaleza moral del hombre».[2] Pues bien, Dios hizo ambas cosas. Todo lo sublime que hay en una o en otra es solo un reflejo tenue y pobre de la gloria de aquel que las creó. Cualquier cosa en este mundo que sea capaz de elevar el alma humana debería elevarla hacia Dios.

Robert Hall [1764–1831] dijo que la idea de Dios subordina a sí misma todo lo que es grande, toma prestado su esplendor de todo lo que es bello y se sienta entronizada sobre las riquezas del universo. Y es más que eso. Repito: todo lo que exalta nuestras almas debería elevarnos hacia Dios. Especialmente deberíamos adorar la santidad de Dios.

Como seres humanos pecadores, ustedes saben que la santidad es la corona de la existencia. No hay corazón humano que, de alguna manera y en algún momento, no ame la bondad. Busquen al hombre más malvado de toda su gran ciudad, y habrá momentos en que ese hombre admire la bondad. Es más, imagino que hay momentos en los que espera que, de una forma u otra, él mismo pueda llegar a ser bueno algún día. Cuando alguien a quien amamos muere, tendemos a exagerar en el discurso fúnebre o en las inscripciones de las lápidas. ¿Pero qué es lo que exageramos? Rara vez exageramos mucho al hablar de los talentos, el conocimiento, las posesiones o la influencia de un hombre; pero siempre estamos listos para exagerar su bondad. Queremos resaltar lo mejor de la persona en esa hora solemne. Sentimos que la bondad es

---

[2] N. del E.: Broadus parafrasea, sin citarla con exactitud, la conclusión de la *Crítica de la razón práctica* (1788) de Immanuel Kant (1724–1804), donde se lee: «Dos cosas llenan el ánimo de admiración y respeto siempre nuevos y crecientes cuanto más frecuente y continuamente reflexionamos sobre ellas: el cielo estrellado sobre mí y la ley moral en mí» (traducción del editor). La paráfrasis desplaza dos elementos: la «admiración y respeto» de Kant se convierte en «el sentimiento de lo sublime» —lo sublime es categoría kantiana, pero de la estética, no de este pasaje— y «la ley moral en mí» pasa a ser «la naturaleza moral del hombre». Broadus lo presenta además como testimonio de «probablemente el filósofo más grande de los tiempos modernos», juicio que es suyo. No sabemos de qué fuente inmediata tomó Broadus la frase. Los amigos del filósofo la escogieron para su sepultura en Königsberg. El giro final del predicador es suyo y no de Kant: donde el filósofo enumera dos objetos de asombro, Broadus concluye que Dios hizo los dos. Immanuel Kant, *Crítica de la razón práctica*, conclusión (Ak. 5:161).

lo más importante para un ser humano cuando ha salido de nuestra vista hacia el mundo invisible.

¿Y qué nos enseñan las Escrituras que es uno de los grandes temas de la adoración celestial, donde la adoración es perfecta? Hace mucho tiempo, un profeta vio al Señor sentado en un trono alto en el templo, con mantos fluidos de majestad. A cada lado, serafines adoradores se inclinaban y adoraban. ¿Y cuál era el tema de su adoración? ¿Era el poder de Dios? ¿Era la sabiduría de Dios? Ustedes saben lo que decían: «Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos; toda la tierra está llena de su gloria» (Is 6:3). Y hay momentos, amigos míos, para ustedes y para mí —aunque no levantemos manos santas porque somos pecadores, aunque habitemos en medio de un pueblo de labios impuros—, hay momentos en los que queremos adorar la santidad de Dios.

¡Y piensen también en su amor y misericordia! Dije que incluso si solo fuéramos espectadores indiferentes, deberíamos considerar su amor y misericordia. Él odia el pecado. Nosotros no sabemos odiar el pecado como el Dios santo debe odiarlo. ¡Y aun así, cuánto ama al pecador! ¡Cómo se conduele por el que ha pecado! ¡Cuánto anhela salvarlo! Oh, cielo y tierra: de tal manera amó Dios al mundo que dio a su Hijo unigénito, para que todo aquel que así lo quiera, pueda ser salvo por medio de él.

Yo sé dónde se adora esa gran provisión, esa misericordia inmensa. Sé por la Palabra de Dios que aquellos seres elevados y gloriosos, que saben mucho más que nosotros sobre los atributos del Creador y las vastas maravillas de sus obras, después de entonar su canto más alto de alabanza por el carácter de Dios y por la creación, alcanzan una nota todavía superior al cantar las alabanzas de la redención. Porque la santidad y la redención son los grandes temas que las Escrituras nos presentan sobre la adoración en el cielo. Juan vio en su visión cómo los cuatro seres vivientes, que representan los poderes de la naturaleza, y los veinticuatro ancianos, que representan a los salvos por Dios, se inclinaban en adoración. Vio cómo una multitud inmensa de ángeles que los rodeaban se unía al sonido, y cómo este se extendía aún más,

hasta que en todo el universo resonaba: «La salvación, la honra, la gloria y el poder sean al que está sentado en el trono, y al Cordero, por los siglos de los siglos» (cf. Ap 5:13; 7:10).[3]

¡Santidad y redención! Deberíamos adorar incluso si no tuviéramos nada que ver con ello, pues tenemos una naturaleza moral para apreciarlo. Pero, ¿somos acaso espectadores indiferentes? Esa manifestación tan maravillosa de la misericordia y el amor de Dios ha sido hecha hacia nosotros. Y si los ángeles encuentran su tema más alto de alabanza en lo que el Dios de gracia ha hecho por nosotros, ¿cómo deberíamos sentirnos nosotros al respecto? Es más, hay un sentido en el que, en medio de las flaquezas de la tierra, podemos ofrecer a Dios una adoración que los ángeles mismos no pueden ofrecer.

> La tierra tiene un gozo desconocido en el cielo;
> la dicha naciente de los pecados perdonados.

Y los seres pecadores aquí pueden alcanzar, desde corazones agradecidos por el perdón, una nota de alabanza a Dios que atraviese todos los himnos sublimes de los cielos y entre en los oídos del Señor de los Ejércitos.

(2) Pero dije que debemos adorar a Dios no solo porque se le debe a él, sino porque es bueno para nosotros.

Solo la adoración a Dios puede satisfacer, amigos míos, las aspiraciones más altas y nobles de nuestra naturaleza.

Cuando algo nos eleva, deseamos a Dios como el punto culminante de nuestro pensamiento exaltado; de lo contrario, nuestro pensamiento mismo queda incompleto. Si observan, como hice yo esta mañana bajo la luz temprana, la gloria de los bosques de otoño —ya marchitos, pero aún brillantes y hermosos—; si contemplan el

[3] N. del T.: La formulación combina elementos de Ap 5:13 y 7:10; se conserva la conflación del autor.

esplendor de los cielos nocturnos, como harán cuando termine este servicio; si se quedan asombrados ante las grandes montañas, cubiertas de nieve y elevadas, ante el Hermón o ante las maravillosas montañas de nuestro propio y prodigioso Oeste; si van y contemplan en el silencio de la noche el fluir de su propio río imperial, o se detienen a la orilla del mar y escuchan el eterno rugido de las aguas poderosas, brota en el pecho algo que busca a Dios para coronar y completar esa experiencia. Hay aspiraciones en estas extrañas naturalezas nuestras que solo Dios puede satisfacer. Nuestro pensamiento es un fragmento mutilado sin Dios, y nuestros corazones nunca podrán descansar a menos que descansen en él.

¡Y la adoración, oh, cómo puede consolar! Sí, a veces solo la adoración puede calmar nuestras penas y ansiedades. Llegan momentos para todos nosotros en los que todo lo demás nos falla; momentos en los que vamos a hablar con amigos que sufren y sentimos que cualquier otro tema es débil y vano. Tú, hombre pecador que me escuchas, alguna vez has ido a visitar a un amigo que estaba sumido en una gran angustia, que quizá había perdido a un hijo querido, al esposo o a la esposa; y al sentarte junto a tu amigo con el deseo de decir algo reconfortante, has sentido que todo era inútil, excepto señalar a ese pobre corazón dolorido hacia Dios. Y te has sentido avergonzado de ti mismo por no haberte atrevido a hacerlo. ¡Cuántas veces los corazones devotos han hallado consuelo en el dolor y apoyo en la ansiedad mediante la adoración a Dios! Lo han hecho a través de la idea de someterse a Dios y confiar en él, creyendo que Dios sabe lo que está haciendo, que él ve el fin desde el principio y que Dios hace que "a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien" (Ro 8:28).

Añado, además, que la adoración a Dios nutre la raíz más profunda de la moralidad, tanto individual como social. La moralidad no puede sostenerse solo con ideas de conveniencia y utilidad. En nuestros días tenemos a algunos filósofos —que muestran capacidades y una seriedad que exigen nuestro respeto, aunque nos parezca que andan lamentablemente muy errados— que se han convencido, ¡ay!, de que el